

un puente, y sostenido por un grupo de pescadores. Fija la vista, la boca entreabierta y el pecho palpitante, no perdió ninguno de los pormenores de tan horrible ejecucion. Aquel individuo era Giordano Lancia. Cuando concluyó todo, el desgraciado anciano, cuya razon habia recibido tan rudos ataques, aprovechó un momento en que nadie fijaba la atencion en él, y se arrojó de un salto al mar riéndose y gritando al mismo tiempo:

—Amigos mios, venid á pescarme á mí tambien.



## GALERIA LITERARIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EDICION DEL "SIGLO XIX."

# GALERIA LITERARIA

TEMPESTADES DEL ALMA.—HISTORIA DE UN MUERTO.  
(E. LLOFRI ~~Y~~ SAERERA) (A. DUMAS)  
EL RIO DE SANGRE.—UN BAILE DE MASCARAS.—UN DRAMA NEGRO.  
E. HERNANDEZ (A. DUMAS) (R. ORTEGA  
Y FERNANDEZ) EL COCHERO DE CABRIOLE. Y FRIAS)  
(A. DUMAS)

LA MARIPOSA (POEMA) ANTEHURTADO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
12do. 1825 MONTERREY, MEXICO

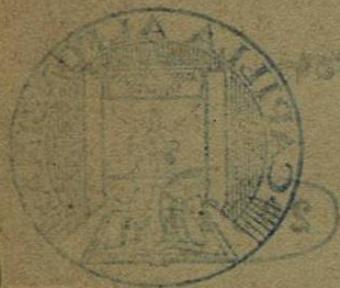


MEXICO.—1874.

90332

IMPRESA DE I. CUMPLIDO, CALLE DE LOS REBELDES NUM. 2.

GALLERIA LITRARIA



ACERVO GENERAL

1873

MEXICO - 1873

## TEMPESTADES DEL ALMA

LEYENDA DE COSTUMBRES

POR DON ELEUTERIO LLOFRIU Y SAGRERA

### CAPITULO PRIMERO

#### LAS PRIMERAS NUBES

A los que nunca habeis visto el mar y las noches apacibles en que la luna refleja sus trémulos rayos sobre las inquietas olas; á los que no habeis podido admirar el espectáculo brillante de un pueblo entregado al júbilo y á la bulliosa algazara en esas horas en que reina la silenciosa madre del misterio, y no habeis presenciado las alegres danzas iluminadas por infinidad de antorchas; á vosotros los que no habeis respirado el ambiente humedecido de las playas, os parecerán exageradas ciertas descripciones creyéndolas en jendro de alguna imaginacion poética.

Pero si hubiérais recorrido la costa del Mediterráneo en determinada época del año (y no hace mucho tiempo aún), no hubiera dejado de sorprenderos el cuadro fantástico que á vuestros ojos apareciera envuelto entre cien luces que corrian como fosfóricos destellos. Escuchárais entonces los gritos de un inmenso gentío que divertia sus pesares al murmullo de las olas, y el alegre sonido de las guitarras y los cantares españoles llevaria á vuestro espíritu un sentimiento que no podríais explicar.

Dejo, por lo tanto, ese género de descripciones que á unos parecerian exageradas y débiles, y sin colorido á otros; dejo á un lado el hablaros de una noche en que el pueblo alicantino se entregaba á la diversion y al júbilo, y en uno de los arrabales se reunian las muchachas de *rumbo* y los mozos mas gallardos; nada diré de la dulzaina (charamita), antiguo añañil árabe, ni del tamboril que con sus ecos forman el acompañamiento de aquella confusion de voces y luminarias de colores, de aquel tropel con que se mezcla el misterioso sonido de la campana de la ermita.

Aquella ermita con su farolillo colgado ante la imágen de la Virgen del Socorro, era en las noches tempestuosas una señal en la costa, que indicaba el puerto de salvacion del infeliz marinero.

La religion y la poesía, la idea de Dios y el sentimiento de amor al hombre, siempre caminan juntos en el mundo.

Tampoco deseo entreteneros, haciéndoos ver el numeroso gentío de todas las clases sociales que poblaba el arrabal, ni cómo se hallaban confundidos el laborioso artesano y el acaudalado comerciante, el sencillo pescador y el título mas encepetado.

Todo esto es imposible que yo os lo presente en sumas

poética realidad, porque es imposible que pueda la palabra escrita figurar el cohete que sube á confundirse con las estrellas, como pasajero emisario de las alegrías de la tierra, el estampido de las salvas, y sobre todo, el azul de los cielos en aquella hermosa noche, pura como el aliento de un ángel, serena y apacible como el fondo de una conciencia tranquila.

Figuraos, pues, que habeis leído una descripcion animada que os ha conducido á la falda del enorme castillo, eterno centinela de la ciudad de Alicante, que parece velar como sombrío fantasma recordando épocas terribles y azarasas á aquella ciudad, sentada cerca de las olas, como misteriosa ondina envuelta en el manto azul de los mares.

Tal fué el punto que sirvió de teatro á las escenas de la presente narracion, que yo trasmito al papel como dulce expansion de mi alma, como prueba de mi amor al pueblo en que ha nacido, en donde sintió mi frente el primer beso de mi madre; que no hay recuerdo mas tranquilo, ni mas dulce para el corazón que el de la tierra en que nacimos.

Pláceme en tanto grado recordar á aquellas mujeres, cuando salen de sus miserables casucas, apenas aparece el sol por el horizonte, en el punto en donde parece que se une el mar y el cielo con el misterioso lazo de un velo de vago azul, y verlas tender una mirada por el mar que viene á dejar sus olas á corta distancia, casi á sus piés. Y despues al distinguir un punto blanquecino en aquella línea de union, como cándida paloma, nuncio de alegría, oírlas cómo exclaman: ya vé el meullant (ya viene mi laud.)

Ellas conocen el laud pescador en que va su marido ó su amante, aunque solo se distinga en lontananza, como conoce el labrador la hora por las estrellas, y el navegante por la brújula el punto en que se halla.

Viven aquellos seres con una existencia llena de placeres purísimos de la naturaleza, y al terminarla exhalan un suspiro para despedirse de la casa en que nacieron, suspiro que pasa tan desapercibido para el mundo, como lo fué el primero con que saludaron á la tierra que recibe sus cuerpos sin las pompas del magnate ni la ostentacion del lujo, pero sí humedecidos por algunas lágrimas.

Antes de presentar en escena los personajes de esta leyenda, perdonadme las anteriores líneas descriptivas del lugar en donde acaecieron, pues parece que habia algo en aquella atmósfera, en aquella alegría que encerraba el gérmen del dolor para amargos dias de prueba.

Volvamos á la fiesta celebrada en el arrabal Roig de Alicante.

Si hubiérais estado allí aquella noche, os hubiera aturdido el confuso desorden que tenia mucho de sublime, aquel ir y venir, aquellas palabras sueltas, tantas luces de colores, tanta vida y tal animacion: hubiérais escuchado el eterno cántico del Mediterráneo, que parecia aumentar el placer y el bullicio, aunque habia alguna semejanza en sus ecos con un triste quejido.

Pero no os hubiérais apercibido de un coloquio misterioso entre dos personas de distinta clase y condicion, en una de las casas del arrabal.

Dejemos, pues, que ria y se divierta aquel tropel, aquel conjunto de juventud, alegría y embriaguez, y veamos quiénes eran aquellos dos seres que parecian agenos á cuanto á su alrededor pasaba.

La casa en que se habia entablado el coloquio era, como todas las demas, de mal aspecto, y se hallaba frente al mar.

Los moradores de aquellos albergues reducidos, tenian la

costumbre en esas noches de fiesta, de colocar sillas en la puerta para las personas de alguna distincion, propietarios de la casa ó amigos.

En la noche á que nos referimos, llegaron á la casita de Pasegal el Calafate, el propietario de la misma, su esposa y una hija, cuya belleza y cuya cándida expresion no se pueden concebir sin verlas.

Pura como el ambiente que allí se respiraba, parecia que sus ojos estaban destinados á mirar al cielo, cuyo color reflejaban; los labios, casi siempre contraidos por una ligera sonrisa, decian al que la contemplara un momento, que solo se abrian para hablar con los ángeles; rubios eran los cabellos de aquella vírgen, peinados con sencillez, y ni el mas leve indicio se veia de ello en ese alifio con que se adornan muchas de las que hoy se llaman *pollitas*, consumiendo un tiempo precioso en el tocador, que empleado en los quehaceres domésticos ó en la verdadera educacion, haria mejores esposas, mejores madres.

La jóven á quien la narracion da su lugar preferente, conseguiria con su belleza un título para el renombre del que lograrse hacerse concebir su verdadero tipo con una pintura maestra.

A vuestra inteligencia remito la idea de la pureza y de la bondad reveladas en aquel semblante, y á vuestro corazon el sentimiento que pudiera despertar lo angelical y sublime de aquella criatura.

Llamábase Clementina.

Figuraos en el padre un comerciante honradote, franco y bonachon, con un par de patillas rubias, una frente mas espaciosa por la calva, y una sonrisa leal siempre anunciando la buena fé de aquella alma de Dios, como lo decian sus

amigos y sus parientes; un traje rancio con respecto á la moda, y tendreis una idea aproximada de su aspecto.

Su esposa era digna madre de Clementina, segun los rasgos de perdida belleza que en su rostro quedaban; madre tierna y virtuosa, tenia en su hija un encanto, y la educaba con el buen ejemplo y sábios consejos que nunca eran desoidos.

¡Cuánto se ganaria si hubiese muchas madres que educasen á sus hijos como la de Clementina!

Hallábanse, pues, los tres personajes sentados á la puerta de la casa de Pascual, á quien conoceremos mas tarde, presenciando la danza que pasaba entonces por allí, con gran satisfaccion por parte de los que la admiraban y de los que en ella tomaban parte.

Aun no hemos llegado al coloquio, porque se ha de dar á conocer á otro personaje. Era un jóven de unos diez y siete años el que acababa de llegar á la casa; saludó á los padres de Clementina con el mayor respeto, y no sé por qué bajó los ojos al dirigir á ésta la palabra. La niña, que entonces rayaba en los catorce, sufrió una súbita alteracion en el semblante, y cuentan los que presenciaron la escena que Pascual se mordió el lábio inferior, bajó la cabeza y murmuró algunas palabras.

Aquel jóven era su hijo, que entró en la casa, saludando á su padre con la mas profunda veneracion y con la mayor ternura.

Pascual recibió á su hijo con cierta frialdad.

El padre de Clementina (á quien llamaban don Romualdo), advirtió á su esposa que á poca distancia se hallaban sus amigos íntimos, y se levantaron los dos con el objeto de ir á saludarlos.

—Quédate un momento con tus amigas, Clementina, dijo á ésta no bien se hubiera levantado la madre.

El jóven recién llegado se sentó al lado de Clementina, que se hallaba entonces en conversacion animada con sus amigas.

Volvió la cabeza y vió á su lado al hijo de Pascual el Calafate.

El efecto que produjo en ella ver tan próximo al jóven, pudo observarse en el color que asomó á sus mejillas, en el suspiro que se escapó de su pecho sin poder reprimirlo.

—Clementina, ¿será siempre una verdad? preguntó él con tímido acento.

—Siempre, Julio, siempre lo será, respondió la jóven con ternura indecible.

Estas fueron las únicas palabras del interesante diálogo, y que no por ser pocas dejaban de tener interes.

En casos como este el lenguaje es de los ojos, y dice mas una mirada que todo un poema de amor y cuantas palabras expresaran los pensamientos.

¡Es tan elocuente la falta de palabras cuando se manifiesta el sentimiento con los ojos, ventanas por donde el alma se asoma!

Solo podrá formarse una idea de lo que sintieron los dos jóvenes, habiendo pasado por las circunstancias que concurrían en ellos.

Con un amor callado desde la nifvez, creciendo juntos y viviendo como dos gotas de rocío sobre una misma flor, ella dotada de una inocencia angelical, sin fuerza para decir te amo, pero sintiendo en el alma ese misterioso impulso que nos arrastra involuntariamente hácia otro sér; él, por su parte, alimentando ilusiones, viviendo para ella con toda la can-

didez de un corazón virgen, y alejado de las violentas pasiones que destruyen la poesía del mundo.

¡Cuán felices se creían!

Todo para ellos tenía los risueños albores de la felicidad. Pero llegó un día en que comprendieron que sentían una impresión hasta entonces desconocida; que al estrechar sus manos, una indiscreta lágrima se asomaba á sus ojos y un instinto de temor y de respeto por parte de Julio y de pudorosa candidez de Clementina, les anunció la existencia de una pasión; Clementina por las noches rezaba las oraciones que de su madre había aprendido apenas empezó á balbucear las palabras, y en todas estas oraciones pedía al Todopoderoso la felicidad de Julio.

Este, mientras tanto, cabizbajo y taciturno, soñaba un porvenir venturoso, y en ese porvenir vislumbraba á Clementina como el ángel benéfico de su guarda, como la más dulce esperanza de su vida.

Era Julio de aspecto simpático, moreno, ojos grandes, y sobre el labio superior un ligero bozo que daba cierto aire de energía á su expresión, negros cabellos ensortijados y una franqueza en su mirada, y tal animación en su semblante, que inspiraba involuntariamente el deseo de hablarle y de estrechar su mano.

Ya conocidos los dos jóvenes, es de suponer que algunas de las lectoras de esta narración esperarán impacientes la continuación de sus amores y que darían cualquier cosa por saberlo.

Aquellos primeros días eran de auroras serenas, de brisas apacibles, de cielo sin nubes.

¿Vendría la tempestad á cernerse sobre sus cabezas?

¿Surgiría del fondo de aquellos corazones una de esas tempestades que acaban hasta con la vida muchas veces?

Veamos.

Las amigas de Clementina exigían con derecho una conversación amistosa y atenta, y por otra parte, los padres de aquella candorosa niña llegaron á pocos momentos de haberse marchado.

Estuvieron largo rato hablando con Julio sobre sus estudios, porque lo querían como á hijo.

La madre de Julio había sido nodriza de Clementina, y el cólera le había llevado en pos de sí como á una de tantas víctimas de aquel terrible azote.

Veamos cómo terminó la fiesta popular.

Acaso al fin de aquellas horas entre bulliciosa algazara encontremos algo que exprese la amargura en contraste con los tranquilos goces de la infancia.

Iba ya la luna saliendo del fondo del mar, en cuyas plateadas olas aparecía casi sumergida con ese color de fuego que contrasta con el de las inquietas aguas.

Poco á poco iba creciendo en intensidad su reflejo, y la imaginación de un poeta hubiera creído ver una lluvia de perlas sobre la superficie del mar.

Tal vez un amigo de la mitología hubiese dicho que Diana dejaba su lecho de brillantes y esmeraldas para seguir al rubicundo Apolo.

Bajo cualquier punto de vista que se observe, es un espectáculo inexplicable el que aparece al rasgar la luna el misterioso manto de las tinieblas y bañar con su reflejo la inmensa figura de un castillo á cuyos pies se observa una muche dumbre que canta y grita con sin igual júbilo.

La danza del arrabal iba terminando su vuelta, siendo

admirada la gracia de las muchachas que bailaban y sus vistosos trajes.

En algunos brillaba el oro y la plata, recordando la magnificencia oriental de que es tradicional monumento en las costumbres la *danza* que aun conservan muchos pueblos como el alicantino.

Julio estaba pensativo, fijó sus ojos en la luna y parecía envuelto en una de esas creaciones fantásticas de la mente de un enamorado.

Acababa de ver una muchacha de las que habian *danzado*, y de las mas graciosas por cierto, morena, de ojos negros, con una viveza admirable, lábios sonrosados, de los cuales hubiérais dicho al verlos que daban paso á un eterno suspiro del corazon; todos sus rasgos físicos en ella eran proporcionados y respiraban un aroma de gracia y de amoroso atractivo.

Era una de esas bellezas de nuestras costas que reciben en las playas el primer aliento y viven animadas por el sol que se refleja en las aguas y calienta el arenoso suelo.

El traje no podia ser mas sencillo. Saya de percal de color de rosa, jubon de raso azul con encaje, la manga corta, pañuelo de tul blanco bordado con lentejuela dorada, delantal del mismo color y zapato de raso blanco enseñando el diminuto pié.

Las rosas que adornan su cabeza hubiérase dicho que estaban colocadas con un descuido artístico admirable.

Llamabase Rosalía.

Separóse de sus compañeras, que ya como ella se retiraban, y dirigiéndose á Julio le habló al oido algunas palabras que nadie pudo saber, lo miró con fijeza y sonrió graciosamente.

Julio habia colocado en el ojal de la negra levita un ramito de siemprevivas y jazmines.

Rosalía dirigió sobre el ramito una de esas miradas investigadoras con que las mujeres pretenden inquirirlo todo; uno de esos relámpagos que el alma fulgura por los ojos.

Se detuvo un instante y exclamando con aire jovial: era para mí, arrancó el ramito de siemprevivas de la levita de Julio, y luego, lijera y juguetona fué á reunirse con sus amigas, que entonaron un coro con el mayor entusiasmo.

Julio pronunció con voz ahogada el nombre de Rosalía y quedó petrificado de pié enfrente de Clementina.

Esta habia visto cuanto pasaba, y como herida por un rayo cogió la mano de una de sus amigas y la estrechó fuertemente.

La primera lágrima de los dolores del alma asomó á sus ojos.

Pálida y con los lábios trémulos por una convulsion nerviosa, parecia imposible tanto dolor en tan tiernos años.

Despues de un esfuerzo exclamó acongojada:

—Vámonos, mamá, vámonos.

—¿Qué tienes, hija de mi alma? preguntó la madre.

Clementina no contestó. Miró al cielo y cerró despues los ojos.

Enjugósa las lágrimas y ahogó un suspiro.

Don Romualdo levantóse precipitadamente y preguntó á su hija la causa de aquellas lágrimas.

Clementina enmudeció.

Levantábase en el fondo de aquella alma la primera nube de una de esas borrascas de la vida que arrastran ante sí las ilusiones, los ensueños de oro, las dulces esperanzas...

Las amigas de Clementina la rodearon.

Pascual, el padre de Julio, con cariñosa solicitud, ofreció cuanto tenía, empezó á dar órdenes á los criados y á todo el mundo; pero fué inútil, porque á poco rato se despedían de él y se marchaban en dirección á la puerta de Ferrisa los padres de Clementina y la pobre niña, que sufría horriblemente, acompañada de sus amigas de la infancia.

Julio se encerró en su habitacion sin que nada fuese bastante á calmar su pena.

El lejano cantar de los marineros que á bordo de sus embarcaciones velaban, infundia un sentimiento melancólico en el alma; el «alerta» de los centinelas que volaba por el espacio como anuncio misterioso, aumentaba su dolor, y todo cuanto le rodeaba era triste y sombrío.

La luna que iluminaba su habitacion, moribunda ya, solo inspiraba pensamientos lúgubres; la algazara de los mozos que se entregaban aquella noche al placer con sus canciones al compas de la guitarra, venia á acrecentar mas su pena.

Julio vivió aquella noche con el mayor de todos los tormentos.

—¡Rosálía!... ¡Rosálía!... exclamó con la mas dolorosa expresion, has sacrificado á un ángel.

Y cayó su cabeza sobre el lecho con el abatimiento mas profundo.

Clementina no pudo pasar la noche sin referir sus penas á una jóven que le servia y en quien depositaba sus secretos, si podia haber alguno en el cándido seno de aquella vírgen.

No bien quedaron solas, se arrojó á su cuello sollozando, y despues de largo silencio exclamó:

—Julio no me ama; me ha engañado. Dios le perdone el daño que me ha hecho... ¡Ahl!... ¡Dios le perdone!

Las lágrimas inundaron sus ojos.

La jóven, que se llamaba María, procuró consolarla; pero el dolor no la abandonó en toda la noche, y mil ensueños horribles vinieron á aumentar su desconsuelo.

Era el bautismo de lágrimas para la vida de su amor.